

IV Relato de Encarnación – Nínive



Ilustración tomada de internet

¡Nínive, Nínive – ciudad caída – arrasada y borrada por la poderosa ira del Señor!

¡Nínive, maravillosa ciudad de Ishtar y de Moloc, Reina de Asiria!
Incontables veces se ha oído ¡el clamor contra tí, contra tus Reyes, contra la conducta pecaminosa de tu pueblo!

¡Nínive!, yo – Abidos – recuerdo, mil años antes del tiempo de Cristo, cuando era el Sumo Sacerdote de Moloc.

¡Nínive! maravillosa ciudad, bordeada de las amarillosas aguas del Tigris – ¡a tí te veo!

Veo los sagrados Templos de Ishtar y de Moloc, levantados en la empinada pendiente de la altura de Ishtar; miro tus espléndidas moradas, tu imponente Castillo – te miro a tí, Naina, la “Serpiente de Nínive”

Asurbanipal era en esos tiempos el Rey de los asirios.

Asur era un orgulloso e intransigente Soberano.

Gobernaba el Reino y al pueblo con gran severidad

Abidos era el Sumo Sacerdote de Moloc, Abidos daba las Leyes.

Asurbanipal combatía las tribus rebeldes de los semitas.

Como botín de guerra se llevaban tesoros en oro, prisioneros y se robaban las mujeres.

Asur, obsequiaba muchas de esas mujeres a Abidos para que sirvieran en el Templo de Ishtar como rameras de Nínive.

Una de esas mujeres era Naina.

Su belleza clara era foránea entre los atezados asirios.

Naina era pequeña, Naina era joven.

La piel de Naina era blanca y mate como la leche.

El caminar de Naina era cadente, sus labios sonreían y reían; los rizos de su pelo tenían el rojo ardiente del fuego eterno de Moloc; sus ojos profundos brillaban y deslumbraban ¡a todos los hombres de Nínive!

Las mujeres asirias esbeltas y de piel oscura, despreciaban la belleza clara de Naina, que atraía a los hombres de Nínive al Templo de Ishtar, y llamaban a Naina la “Serpiente de Nínive”.-

Cuando Abidos vió a Naina por primera vez, su belleza ató el corazón y el espíritu de Abidos con las pesadas cadenas de la pasión.

Abidos amaba y sufría.

Abidos iba al Templo de Ishtar y Naina lo recibía como a todos los hombres de Nínive.-

Abidos deseaba ser el único dueño de esta mujer.

Abidos pensó propagar el mensaje de su muerte – y escondió a Naina en las recámaras más recónditas del Templo.

Asurbanipal oye sobre la belleza clara de la mujer semita.

El Rey envía a dos centuriones reales donde Abidos, ordenándole a éste, que llevara a Naina a la residencia de Asur.

Abidos se apresura al Rey, se inclina profundo ante él, y dice: “Señor, la mujer que tu exiges, la mujer que debe ser traída ante tí, no puede abandonar el Templo. La divina Ishtar ha elegido entre todas las mujeres, su bello cuerpo como propia morada. Señor, si retiras la mujer del Templo, ¡ultrajas a la divina Ishtar!”

Asur vuélvese furioso hacia los centuriones y les ordena ir a buscar a Naina.

Abidos se inclina profundo de nuevo ante el Rey y dice: “Señor, tu ordenas – ¡Abidos juzga! – Señor, si retiras la mujer del Templo, entonces yo, Abidos, le doy muerte – la muerte ¡en los brazos incandescentes de Moloc!”

Asur salta furioso y le habla a Abidos como Rey: “Yo, Asurbanipal, te ordeno a tí – Abidos, acatar la orden de Asur. ¡Asur quiere ver quién es el más fuerte!”

Abidos se inclina profundo y vuelve apresurado al Templo de Moloc; allí reúne a los sacerdotes en su entorno, y todos salen por el camino que lleva al Templo de Ishtar.

Corto trecho fuera de los muros del Templo, se encuentran con los centuriones y Naina.

La pálida belleza de Naina se ilumina al ver a Abidos.
De la cabeza a los pies el cuerpo de Nina estaba envuelto en un velo verde-dorado.
El pelo rizado flameaba rojo bajo los velos que lo cubrían.
La boca de Naina sonreía y reía.
Sus profundos ojos brillaban y con su blanca mano señala hacia la residencia del Rey.

Los sacerdotes hacen un círculo alrededor de Naina.

Abidos arroja el velo negro de Ishtar sobre el cuerpo de la mujer.
Los centuriones se apresuran donde el Rey.
Con un grito de horror cae Naina a tierra suplicando.
Naina conoce el veredicto del velo de Ishtar – la muerte en las fauces ardientes de Moloc.
Los sacerdotes levantan a Naina en vilo, ajustan más el velo negro a su cuerpo y la llevan en andas al atrio del Templo de Moloc.
Allí está la incandescente, terrorífica y enorme mole de hierro de Moloc.

Los brazos de Moloc bajan hacia la tierra.
Abidos coloca Naina en sus enormes manos.
Lentamente Moloc levanta la mujer hacia su pecho.
Abidos se vuelve de espaldas y cubre los ojos con su capa.
Un grito – y el bello cuerpo de Naina desaparece en el incandescente fuego de Moloc.
Abidos levanta la cabeza.
Asurbanipal está frente a él.
El rostro de Asur estaba pálido de ira y horror; levanta su daga y la clava profundo en el corazón de Abidos.

Nínive, Nínive – ciudad caída, Reina de los asirios – incontables veces se ha oído ¡el clamor contra tí, contra tus Reyes y contra la conducta pecaminosa de tu pueblo!
Nínive – maravillosa ciudad bordeada de las amarillosas aguas del Tigris – de tí se acuerda Abidos, de tí y de Naina – “la Serpiente de Nínive”.-

Abidos ¡ha hablado!
Abidos os saluda a todos vosotros, y os pide no juzgar demasiado severo.
Los tiempos de esos días no eran como los días de vuestros tiempos.
Abidos ha sufrido.

Abidos se ha arrepentido.
Abidos ha alcanzado el perdón del Señor y la Paz del Señor.
Abidos ¡os agradece a todos vosotros!

(Dictado por el pensamiento) – C: 25.04.1911

Traducido al español por
Esnea Olsen
Copenhague, junio 2010